

PRESENTACION DEL LIBRO
«CARTAS DE D. CARMELO DE ECHEGARAY
A D. SERAPIO MUGICA» (*)

Señoras, señores:

Después de este delicioso recorrido intimista —pocas cosas tan intimistas como un epistolario entre dos amigos íntimos y colaboradores eruditos— que el Profesor Tellechea nos ha depurado en su felicísima singladura, a través de los ciclos vitales de don Carmelo, mi breve intervención, obligada y gustosa, debe quedar reducida a la expresión, sentida y emocionada, del capítulo de gratitudes comenzando por el presentador cuya devoción y afecto a la figura de mi padre se ha hecho ostensible a lo largo y ancho de su emotiva presentación. A la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián que ejerce el generoso mecenazgo de este Grupo Doctor Camino, de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, instituto verdaderamente modélico y en cuyo expertísimo pilotaje figuran don José Ignacio Tellechea y el Jefe de Relaciones Culturales de la Caja don Juan Antonio Garmendia a quienes expreso, desde el fondo de mi alma, toda la magnitud de mi reconocimiento.

Muy honda gratitud por mi parte a esa entrañable familia Mújica cuyos miembros actuales han tenido el rasgo generoso de entregar la correspondencia de mi padre con don Serapio para su custodia y utilización en este Centro y que, como veis, ha servido de cuaderno de bitácora para la afortunada navegación del Profesor Tellechea. Tuve el honor y la satisfacción de conocer y tratar a

(*) Palabras pronunciadas por D. Joaquín González-Echegaray, sobrino-nieto de D. Carmelo, en la presentación del libro **Carmelo de Echegaray. Cartas a D. Serapio Mújica (1899-1925)**. Transcripción por José Tellechea Jorajuria. Revisión, prólogo e índices por J. Ignacio Tellechea Idígoras (San Sebastián 1987), XX-660 pp. Al acto asistió también D. Joaquín Echegaray, hijo de D. Carmelo, con otros familiares.

la familia Mújica, prácticamente en su integridad. Desde el patriarca don Serapio y su esposa doña Ignacia a quienes ví por vez primera, cuando yo era un niño, durante una breve estancia en nuestra casa de Guernica y posteriormente en su domicilio de Fuenterrabía y, por última vez, en esta Bella Easo en su residencia del Paseo de Colón. Conservo viva y fresca, pese al decurso de los años, la figura de aquel insigne patricio guipuzcoano cuya reciedumbre física corría pareja con su grandeza moral e intelectual. Su primogénito Gregorio, casado con Aurea Gaiztarro, continuador en buena parte de la obra y las aficiones de su ilustre progenitor y al que considero malogrado por su fallecimiento relativamente temprano, cuando todo parecía llamarle a muy altos y sazonados frutos y a quien vi por última vez en su domicilio de Ramón María de Lili, relativamente cerca del Kursaal. Dolores, señora de Echeveste, que vivía en Rentería y, en mi recuerdo, quizás la más parecida físicamente a sus progenitores, sobre todo a su madre. Desde los sótanos de mi memoria, creo recordar que coincidió algún verano con nosotros en Alzola, de cuyo balneario era mi madre agüista asidua y veterana. Remedios, residente en Irún por estar casada con Fernández de Casadevante que me parece recordar era arquitecto municipal en la ciudad fronteriza y presidían una lucida y numerosa familia. También residía en Irún Leandro cuyo quehacer profesional estaba relacionado con la Aduana y que es el que menos traté de la insigne dinastía Mújica. Y, finalmente, José—para nosotros, Pepe Mújica—prestigioso Letrado del Ayuntamiento donostiarra y titular de un muy acreditado despacho de Abogado. Casado con Shole Brunet, presidían una amplísima familia. Lástima grande que la contrapartida de este epistolario, es decir, la correspondencia de don Serapio con mi padre, desapareciera sin remedio con nuestra casa de Guernica, y tantos libros, notas y apuntes, en los azares tremendos de la guerra.

Mi reconocimiento y satisfacción asimismo a esta selecta concurrencia que, pese a la inevitable acción erosiva del tiempo transcurrido desde la desaparición de don Carmelo y don Serapio, siguen manteniendo el fuego sagrado de la historia vasca con inextinguible fervor.

Dentro de esta relativa exigüedad de datos que a mí han llegado y que, de seguro, es incompleta en su relación, la colabora-

ción de los dos grandes amigos en lo externo y público se ve reflejada en la monografía histórica «Villafranca de Guipúzcoa» y que fue publicada por el Ayuntamiento de Villafranca de Ordizia en 1908. El prólogo a «Curiosidades históricas de San Sebastián», de don Serapio y que salieron a la luz en los tomos 47 y 51 de la Biblioteca Bascongada de Fermín Herrán. El 2.º tomo lleva, asimismo, un *epílogo* de don Carmelo y fue publicado en 1900. Finalmente, otro prólogo a la obra de don Serapio «El Blasón de Guipúzcoa», publicado por la Diputación Provincial en 1915.

... ciosa, en la búsqueda incesante en los archivos municipales acredi-
meños ditirambos del libro, sino atinado examen de puntos histó-
ricos casi siempre y, no pocas veces —sirva de ejemplo el prólogo
de más de 200 páginas que puso a las obras de Iturralde y Suit—, ex-
tensos y valiosísimos estudios de historia y de crítica literaria.

... Eso en lo público y editado. En la investigación callada y minú-
ciosa, en la búsqueda incesante en los archivos municipales acre-
taron ambos compañeros tanto mérito como modestia, investigacio-
nes que don Serapio llevaba a cabo, al igual que su colega, con
tanta probidad y celo como provecho público. Se ha dicho de ellos
que eran complementarios en estilo y coincidentes en aficiones e
investigación. Ambos, de mancomún, indagaron y rebuscaron in-
cansablemente el dato preciso, la referencia exacta, el testimonio
fehaciente que permitiera, en su día, levantar el edificio íntegro,
noble y sistemático de la historia vasca, partiendo de lo local y
comarcal a lo general y gozaron ambos, en gozo compartido, de
esa satisfacción inefable de la resurrección de lo pretérito y del
afloramiento, casi geológico, que proporciona la investigación his-
tórica. Y entrambos colegas y amigos fueron dos de los puntales in-
telectuales de aquel entonces.

... De todo lo expuesto en este singular acto fluye una final con-
sideración. La que plantea la pregunta, la incógnita, el «problema»
como se dice ahora, de la voluntaria limitación de Echegaray a
las parcelas históricas de la tierra nativa desdeñando «ab initio»
los intentos de abordaje de una obra de conjunto para la cual no
le faltaban, sin duda, ni materiales ni capacidad. Es decir; cuáles
pudieron ser los motivos determinantes de esta limitación, de este
manifiesto «acotamiento» de su actividad investigadora. Está al
margen de toda duda que el hecho de que Carmelo escribiese, casi

exclusivamente, sobre asuntos de la Historia vasca venía determinado primordialmente por el amor insobornable a la tierra que le vió nacer. También está fuera de controversia que su capacidad y conocimientos evidenciaban de continuo su aptitud para más amplias y levantadas empresas. Pero ello se mantiene, en parte, irresuelto el problema. «¿Quare causam?». Esta autolimitación de Echeagaray, premeditada y libre, se adscribe al sustratum de sus características personales más acusadas: la modestia natural y el amor entrañable al terruño natal, constantes que le acompañarán a lo largo de su vida.

Más sutilmente, algunos eruditos de su íntima amistad —Urquijo, Zaragüeta, etc.— han querido ahondar más en la circunstancia ambiental de esta reducción voluntaria, fundamentándola en la carencia de una gran tradición literaria. Así, puede leerse en «Euskalerrriaren-Alde» (1928) estas afirmaciones que quiero consignar, aunque la estimativa sea, en parte, discutible, y me lo parece así por su generalidad y por su carácter un tanto categórico. «Entre las prendas que adornan al País Vasco, se echa de menos la de una gran tradición literaria. Las Letras aquí se han cultivado poco y sin ilación. Los escritores son casos esporádicos, fenómenos singularísimos. El medio ambiente les es frío, reactivo; pocos compatriotas les leen. Aunque los libros corran impresos, rara vez pierden del todo la condición de inéditos. País de esta guisa carece de virtualidad suficiente para levantar reputaciones sólidas. A lo sumo, puede otorgar fugaz notoriedad, sospechosa a los extraños de exagerada o inmerecida». «Los escritores vascos de nota inciden en buscar asuntos que se van dentro de más amplios horizontes, materias que acrecienten el número y la sonoridad de los aplausos».

Contrariamente, Carmelo retardó y acortó el vuelo de su fama, achicó su influjo, disminuyó el posible número de sus lectores, cerró los oídos a los nobles y, en suma, inocentes halagos del amor propio conservando hasta su muerte la fragancia del terruño nativo y se adaptó siempre con gozo inefable —sin compensaciones de otra naturaleza— a la satisfacción inmensa que sus tareas le deparaban, «ni envidiado ni envidioso», en su vida familiar modestamente decorosa.

Se ha dicho por un publicista que «Don Carmelo fue un tra-

bajador infatigable, o mejor, trabajaba por vocación, cosa que no deja de ser un extraño fenómeno, sobre todo para aquellos que piensan que el trabajo es siempre un castigo por su propia naturaleza. Pero en el caso de don Carmelo, como en otros muchos casos, el binomio vocación-trabajo fue perfectamente aceptable y lo fue más que nada porque su labor toda estaba impregnada de amor».

Este amor acendrado e inextinguible a su tarea me ha hecho recordar muchas veces aquella frase, sincera y emotiva, del insuperable prosista levantino Gabriel Miró: «Realmente, los libros nos producen tanta delicia que no se les puede exigir que, además, den dinero. Tener la pretensión de sacar provecho de un goce, resultaría injusto y desproporcionado».

Una vez más, muchas gracias a todos.

